

daño. Hubiera debido ligarse más y más al clero, y Austria, en lucha con el clero, tenía intereses absolutamente contrarios.

Aparentemente la reina esperaba que si el emperador se arreglaba con los belgas, podría ampararse bajo la protección imperial, mostrando á la Revolución una guerra próxima á estallar sobre Francia, logrando esto, acaso solamente, con aumentar algunos cuerpos austriacos al pequeño ejército de Bouillé.

Mal cálculo. Todo esto era muy largo y el tiempo marchaba con demasiada rapidez. Austria, sobradamente egoísta, era un socorro demasiado lejano y demasiado dudoso.

Los dos cuñados siguieron exactamente la misma conducta. En el mismo mes, Luis XVI y Leopoldo se declararon amigos de la libertad, defensores celosos de las Constituciones, etc.

La misma conducta en dos situaciones perfectamente opuestas. Leopoldo obraba muy bien para reconquistar á Bélgica; dividiendo á sus enemigos, fortalecía á sus amigos; Luis XVI al contrario, lejos de fortalecer á sus amigos, los arrojaba en el más profundo desaliento; paralizaba al clero, á la nobleza, á la contrarrevolución.

Los moderados Necker y Malouet creían que el rey, por una profesión de fe constitucional casi revolucionaria, podía constituirse en jefe de la Revolución.

Fué aquello algo parecido á cuando los consejeros de Enrique III le hicieron cometer la torpeza de llamarse jefe de la Liga.

Verdad es que la ocasión parecía favorable. Los desórdenes de Enero habían alarmado vivamente á la propiedad. Ante este gran interés social se suponía que todo interés político parecería pequeño. La desorganización era enorme y el poder no podía remediar nada; en unos sitios porque estaba muerto en realidad, y en otros porque *se hacía el muerto*.

Además había muchas gentes que tenían ya bastante revolución y mucho desaliento y hubieran sacrificado voluntariamente los sueños de oro que al comienzo se habían forjado por una paz y una unidad inmediata.

En aquellos momentos (del 1 al 4 de Febrero) ocurren dos sucesos semejantes en algo.

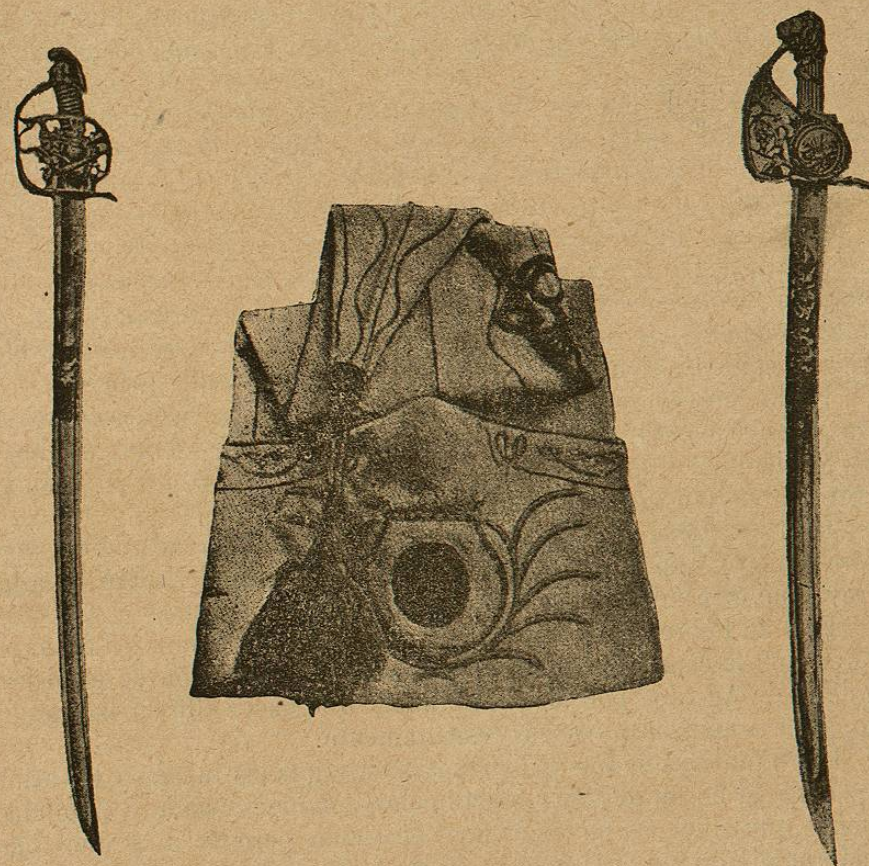
Se abre el club de *los imparciales* (Malouet, Visien, etc.) Su imparcialidad consistía, según consta en declaración que hicieron, en *dar fuerza al rey y en conservar las tierras de la Iglesia*, subordinando la enajenación de los bienes del clero á la voluntad de las provincias.

El 4 de Febrero el rey se presenta de improviso en la Asamblea y pronuncia un discurso sensacional que maravilla y enternece... ¡Cosa increíble, maravillosa!... El rey estaba secretamente enamorado de aquella institución que lo despojaba. La elogia entusiasmado; admira especialmente la hermosa división de los departamentos y aconseja á la Asamblea agregue algunas reformas. Deplora luego los desórdenes y

consuela al clero y á la nobleza, defendiéndolos tibiamente, porque ante todo, y así lo dijo, es el amigo de la Constitución.

De este modo se presentaba á aquella Asamblea, incapaz de restablecer el orden, y parecía decirle: «¿No sabéis qué hacer?, pues bien; devolvedme el poder.»

El efecto de la escena fué prodigioso. La Asamblea perdió la ca-



Gorro de Jacobino (Museo Carnavalet, París).—Sables de oficiales de la Guardia nacional.

beza. Barrere lloraba á lágrima viva. Al salir el rey corren detrás de él, le rodean y acompañan, llegando hasta las habitaciones de la reina, que recibe á la diputación acompañada del Delfín. Siempre altiva y graciosa, les dice: «He aquí á mi hijo; le enseñaré á amar la libertad y espero que tendrá vuestro apoyo.»

Aquel día no fué la hija de María Teresa, sino la hermana de Leopoldo. Poco después su hermano lanzaba el manifiesto hipócrita en que se declara amigo de la libertad y de la Constitución de los belgas, hasta

el punto de llegar á decir él, emperador, que después de todo habían tenido derecho para alzarse en armas contra su autoridad imperial.

Al volver la Asamblea delira completamente, no sabiendo lo que hace ni lo que dice. Puestos de pie todos los representantes juran fidelidad á una Constitución que no está terminada todavía. Las tribunas se entregan también á estos transportes en un inconcebible entusiasmo. Todo el mundo se pone á jurar en el Hotel de Ville, en la Greve, en las calles. Se canta un *Tedeum*; por la noche se encienden luminarias... ¿por qué no alegrarse? La revolución está hecha, bien hecha por esta vez.

Desde el 5 de Febrero hasta el 15, fué aquello una interminable continuación de fiestas en París y en provincias. Por todas partes, en las plazas públicas, todo el mundo prestaba juramento; los niños de las escuelas eran conducidos en bandadas. Todo estaba lleno de alegría y de entusiasmo: muchos amigos de la libertad se extrañan de este movimiento y temen, creyendo que se tornaría en provecho del rey. Gran error. La Revolución era una cosa tan fuerte, tan enérgica, era un movimiento ascendente de tal empuje, que todo suceso nuevo, favorable ó adverso, concluía siempre por empujarla más vivamente todavía.

En la cuestión del juramento ocurrió lo que sucede siempre con toda pasión violenta. Cada uno, al pronunciar las palabras, no les da otro sentido que el que tienen en su corazón, y así los que juraban por el rey, entendían jurar por la patria.

Bien pronto se notó que en el *Tedeum* no había acudido el rey á Notre-Dame y que no había (como se esperaba) jurado sobre el altar; el rey, que mentía fácilmente, no se atrevía á ser perjuro.

El 9 de Febrero, durando las fiestas todavía, Gregoire y Lanjuinais dijeron que la causa de los desórdenes era la no ejecución de los decretos del 4 de Agosto, por lo que no había que hacer alto en la marcha, sino que era necesario avanzar resueltamente.

Las tentativas de los realistas para entregar las fuerzas y las armas al poder real no fueron muy afortunadas. Maury ensaya la habilidad, diciendo que al menos en los campos se debía permitir á la fuerza armada que obrara sin autorización de las municipalidades. Cazales ensaya la audacia y propone que se dé al rey la dictadura por tres meses. ¡Habilidad grosera! Mirabeau, Buzot y otros declararon concretamente que no podía fiarse del Poder ejecutivo, y la Asamblea no se fió más que de las municipalidades, dándoles toda clase de poder para obrar y haciéndolas responsables de los desórdenes que pudieran impedir.

La audacia inaudita de la proposición de Cazales no se explica más que por su fecha (20 de Febrero). El 18 se había realizado un sacrificio sangriento, que parecía responder de la buena fe de la corte.

Había entonces dos procesos pendientes, el de Besenval y el de Favras.

Besenval, acusado por el 10 de Julio, no había hecho, después de

todo, mas que ejecutar las órdenes de su jefe el ministro, las órdenes del rey. Por lo tanto, si se le declaraba inocente, parecía condenarse la toma de la Bastilla y la Revolución misma. Besenval era odiado, especialmente como hombre de confianza de la reina, el exconfidente de las partidas de Trianon, el antiguo amigo de Choiseul, y como tal, perteneciente á la camarilla austriaca.

Favras interesaba menos á la corte. Este era el hombre predilecto del hermano del rey, y por interés de éste se había encargado de sacar al rey de París.

Verdaderamente, si el rey hubiera desaparecido, su hermano hubiera sido nombrado generalísimo ó regente, acaso, como algunos parlamentarios y realistas querían.

Lafayette cuenta en sus *Memorias* que el plan de Favras comenzaba con la muerte de Bailly y Lafayette, las dos autoridades de París, cuyos asesinatos estaban preparados.

Favras fué detenido la noche del 25 de Diciembre, y el hermano del rey, muy asustado, cometió la singular torpeza de ir á justificarse... ¿Dónde, ¿ante qué tribunal? Ante la ciudad de París.

Los magistrados municipales no tenían autoridad para recibir tales declaraciones.

El hermano del rey renegó de Favras, dijo que no sabía una palabra del asunto é hizo una declaración hipócrita de sentimientos revolucionarios, de amor á la libertad.

Favras mostró mucho valor y reveló demasiado su vida por la manera de su muerte. Se defendió muy bien y no comprometió á nadie. Se le hizo comprender que necesitaba morir discretamente y así lo hizo. El largo y cruel paseo á que fué condenado antes de morir, la conducción deshonrosa á Notre-Dame, etc., no quebrantaron su firmeza.

En la Greve pidió declarar y fué colgado (18 de Febrero). Era la primera vez que se colgaba á un gentilhombre. El pueblo mostraba una impaciencia furiosa, creyendo siempre que la corte encontraría medio de salvarle.

Sus papeles, recogidos por el teniente civil, fueron (según dice Lafayette) remitidos por la hija de este magistrado al hermano del rey y luego al rey, que se apresuró á quemarlos.

Al domingo siguiente de la ejecución, la viuda y el hijo de Favras fueron vestidos de luto á la comida pública del rey y de la reina. Los realistas creían que éstos iban á consolar, á acariciar á la familia de la víctima.

Entonces vieron la impotencia á que había quedado reducida la corte y qué escaso apoyo podían esperar los que se sacrificaran por ella.

Ya el 4 de Febrero la visita del rey á la Asamblea y su profesión de fe patriótica los había abatido. El vizconde de Mirabeau salió y desesperado rompió su espada...

¿Qué pensar?, ¿qué creer en efecto? Los realistas tenían derecho á creer al rey mentiroso ó tráfuga, desertor de su propio partido.

¿El rey no era ya realista ó sacrificaba á su clero, á su fiel nobleza para salvar una apariencia de nobleza?

M. de Bouillé, abandonado con su ejército y cansado de esperar sin recibir instrucciones, cayó en el más profundo abatimiento.

Igual impresión recibieron muchos gentilhombres y oficiales del ejército y la marina, que hartos de su pasividad abandonaron el territorio francés. M. de Bouillé mismo pide permiso para hacer otro tanto, deseando servir en un país extranjero.

El rey le envía á decir entonces que no se vaya porque tendrá necesidad de él. Se había esperado demasiado.

La Revolución parecía concluída el 14 de Julio, parecía concluída el 6 de Octubre y sin embargo estaba ya en el 4 de Febrero. Temo que en Marzo no esté aún terminada.

¿Qué importa? La libertad, adulta y robusta ya, debe temer poco de las resistencias. Acaba de vencer el más temible obstáculo y el más invencible: el desorden y la anarquía.

Ha terminado de pronto el asolamiento de las campiñas y la guerra contra los castillos, que parecía amenazar á la nación entera con una formidable perturbación.

El movimiento de Enero y Febrero está ya apaciguado en Marzo. Mientras el rey se presentaba como única garantía de la paz pública y la Asamblea buscaba y no encontraba medios de consolidarla, Francia misma lo ha hecho todo.

La explosión de la fraternidad se anticipa á las leyes; el nudo que parecía imposible de desatar fué cortado por la magnanimidad de la nación.

Las ciudades enteras armadas habían corrido á defender los castillos y habían protegido á los nobles, sus enemigos.

Continúan las grandes reuniones, más grandes cada día; tan formidables, que sin hacer nada, por el solo hecho de su aparición, deben intimidar á los dos enemigos de Francia: la anarquía y el robo uno, y el otro la contrarrevolución.

No son solamente las más dispersas poblaciones del Mediodía las que se congregan; es la Champaña, cien mil hombres; es la Lorena, cien mil hombres; son los Vosgos, Alsacia, etc.

Movimiento lleno de grandeza, desinteresado y sin celos. Todo se agrupa, todo se une, todo gravita hacia la unidad nacional.

París llama á las provincias queriendo unirse á todas las comunidades. La Bretaña pide el 20 de Marzo que Francia envíe á París un hombre por cada mil. Burdeos ha pedido ya que el 14 de Julio sea declarado fiesta cívica en toda la nación.

Las dos proposiciones se convierten en una. Francia llamará á toda Francia á esta gran fiesta, primera del nuevo culto.



CAPITULO VI

**La reina y Austria.—La reina y Mirabeau —El ejército
(Marzo-Mayo de 1790)**

(CONTINUACIÓN)

Austria se alía á Europa.—Aconseja convencer á Mirabeau (Marzo).—Conducta equívoca de la corte en las negociaciones con Mirabeau.—Mirabeau le asesta nuevos golpes.—Mirabeau poco influyente en los clubs.—Mirabeau ganado (10 de Mayo).—Mirabeau hace dar al rey la iniciativa de la guerra (22 de Mayo).—Entrevista de Mirabeau y de la reina (fin de Mayo).—El soldado fraterniza con el pueblo.—La corte cree ganar al soldado.—Miseria del antiguo ejército.—Insolencia de los oficiales.—Prueban á divorciar al soldado del pueblo.—Rehabilitación del soldado y del marino.

El complot de Favras era el del hermano del rey: el complot de Maillebois (descubierto en Marzo) se refiere al conde de Artois, en la emigración. La corte, sin desconocerlos, parecía seguir más bien el consejo que hallamos en las memorias de Augéard, guardasellos de la reina: engañar, esperar, *aparentar confianza, dejar pasar cinco ó seis semanas.*

La misma consigna en Viena y en París.

Leopoldo hacía negociaciones. Ponía á los gobiernos llamados amigos de la libertad, á los falsos revolucionarios (creo que la Inglaterra y la Prusia) en una prueba muy dura: los colocaba enfrente de la Revolución, y poco á poco ellos iban dejando caer la careta. Leopoldo decía á los ingleses: «¿Queréis que me vea obligado á ceder una parte de los Países Bajos?» Y la Inglaterra, contrariada, retrocedía y sacrificaba ante este temor la esperanza de apoderarse de Ostende. A los prusianos, á los alemanes en general, les decía: «¿Podemos dejar que nuestros príncipes alemanes, poseionados de la Alsacia, pierdan sus derechos feudales?» La Prusia misma, el 16 de Febrero, había ya proclamado el derecho del imperio á pedir cuentas á la Francia.

La Europa entera, con sus dos partidos por una parte, Austria y